

Una ramita de **romero** me lo contó

María José Dávila Rivera

Proyecto de Grado

2020 - 1



Una ramita de romero me lo contó

María José Dávila Rivera

Proyecto de Grado

**Departamento de Arte
Facultad de Artes y Humanidades**

Universidad de los Andes

2020-1

Tabla de contenido

1. <u>Manifiesto de una decadencia propiamente ajena.</u>	4
2. <u>Dos.</u>	11
3. <u>Tres.</u>	17
4. <u>La casa es el rincón del mundo.</u>	33
5. <u>La casa expandida.</u>	60
6. <u>El paisaje vegetal.</u>	70
7. <u>Coda.</u>	86
8. <u>Referencias.</u>	92
9. <u>Dedicatoria.</u>	98

“Dios, hazme reconstruir por lo menos una flor. Ni siquiera una orquídea, una flor que se recoge en el campo. Sí, pero tengo un secreto: necesito reconstruir con una urgencia de las más urgentes, hoy mismo, en este instante. No puedo decir qué es.”

El mayor elogio que recibí
CLARICE LISPECTOR

Manifiesto de una decadencia propriadamente ajena

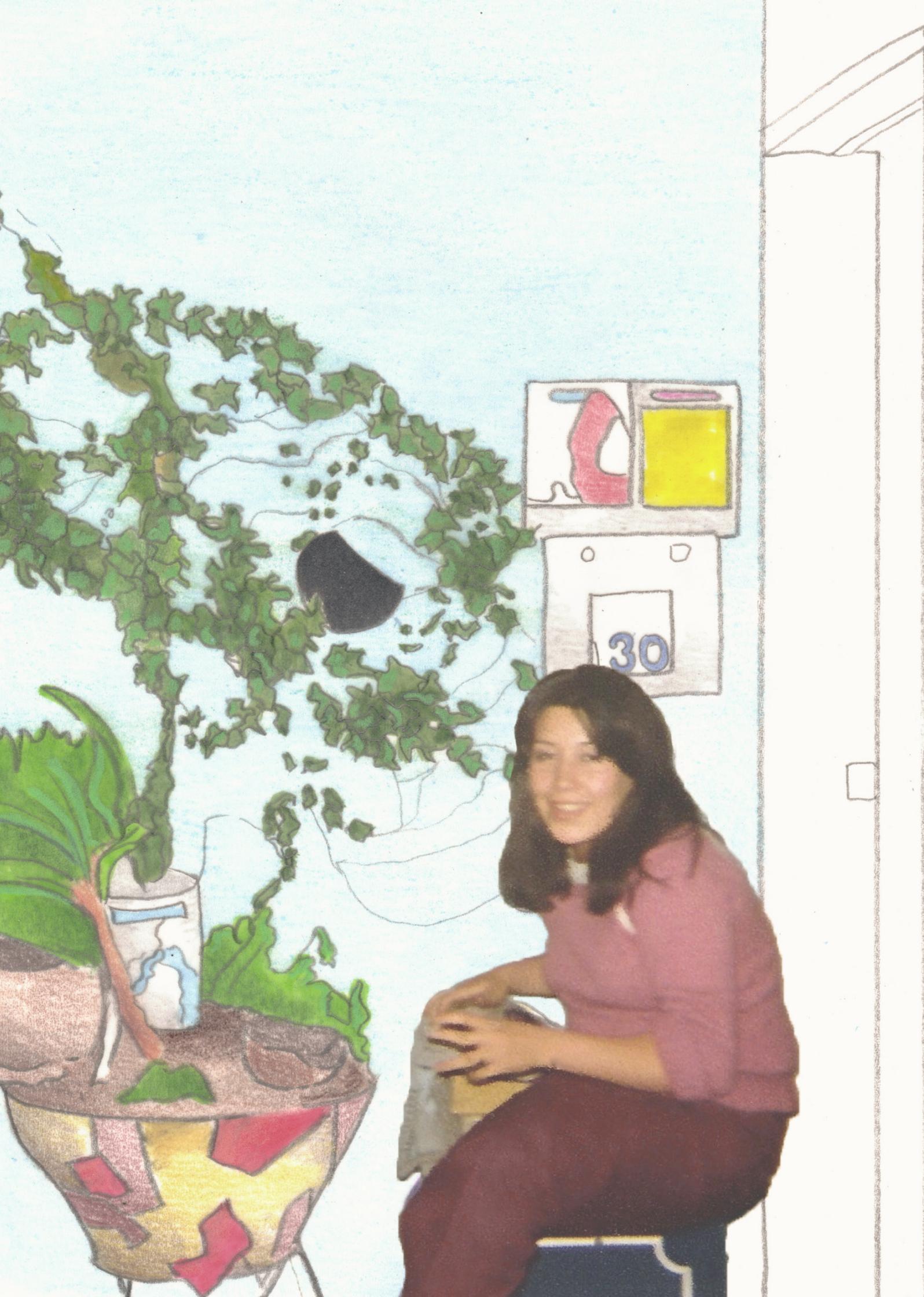
La luz se hizo en enero. Y no cualquier enero, sino aquel tan cercano pero ahora tan lejano del año 2019. Ver los sietecueros al borde del camino en la vía Manizales - Pereira, los jardines de las casas tradicionales cafeteras, los guayacanes amarillos y la extendida práctica de la jardinería y la agricultura, fue la epifanía que me hizo darme cuenta no sólo de lo que quería yo en mi vida, sino también de que sí, tal vez yo podía tener una obsesión enfermiza por las plantas por allá latente en el fondo. Sin embargo, también me llevó a la memoria infantil donde las plantas eran otra cosa; eran monstruos, personas, símbolos de cosas y momentos de los que a veces me acuerdo tan vagamente que comienzo a inventar. Pero eso pasa, ¿no? La memoria infantil, o en general, es una superposición de cosas, colores, palabras, sentimientos y visiones; y esta nueva información, creo yo puede ser activada, guardada y reproducida por medio de las plantas. ¿Tal vez lo hacen como algo parecido a las alucinaciones? Me acuerdo de

Alicia en el País de las Maravillas, pero de la película*. El bosque lleno de plantas maravillosas que hablan y se enredan y confunden, y adormecen y hacen sentir bien. ¿Cómo no sentirse así con tantos colores, texturas, aromas y recuerdos? ¿Quién no se ha raspado con el pasto seco, o ha caminado sobre hojas caídas, o ha tenido una planta querida en su jardín, cuarto o casa? Y ese lugar, la casa, tan fría que puede ser con tantos muebles y chécheres regados por todas partes, ¿acaso no es más cálida con una planta o flor adornando la mesa? ¿Y qué hay del palo de guayaba, feijoa, papayuela o lulo del jardín de la casa o finca de nuestros padres o abuelos?

Creo que por ahora sólo tengo preguntas y muy pocas respuestas porque curiosamente las plantas han sido, por lo menos para mí, un pedacito de memoria que trato de escudriñar no sólo desde mi cabeza, sino también desde la

* Digo de la película porque la escena de las flores y las maravillas en el libro de Lewis Carroll no tienen ni parecido con la psicodelia de Disney.

de cada persona que conozco. Porque la vida está llena de plantas: plantas en las fotos de las casas, en los jardines, cocinas, techos, pisos, enredándose en las columnas y agarrándose a las paredes como si quisieran comerse la casa; como si quisieran, a propósito, ser partícipes de nuestras vidas. Y no es gratis su deseo, porque esa presencia vegetal la sentimos y la relacionamos a nuestras vivencias: que las rosas para Amor y Amistad, que el cilantro y el ajeno para la panza, que el palo de guayabas pa' trepar, que la suculenta para quien se le muere todo lo que toca. Las plantas se comen nuestras vidas, nuestras casas y nuestras memorias adquiriendo una presencia e identidad por cómo las concebimos, por cómo las recordamos, por cómo las escribimos e imaginamos; tejiéndose, uniéndose y enredándose unas con otras dentro del espacio, con los objetos y las personas formando visiones sobrepuestas e incorporadas en sueños junto a nuestras ideas sobre la casa.



Me he encontrado en los últimos tiempos con varias constantes en mi vida: escribir textos con títulos que tengan la palabra ‘manifiesto’, un gusto tremendo por las plantas y por *plantar* las plantas, y de revisar, escudriñar, desempolvar y espulgar los archivos fotográficos, culinarios y anímicos de mi familia. De todas estas constantes, la última ha sido la que más me ha costado porque me lleva al terreno de la nostalgia que he intentado negar y ocultar durante los últimos años. Para ser sincera, he tenido el miedo irracional de caer en el cliché de la melancolía, y que todas las cosas que hiciera en mi vida siguieran la premisa de “todo pasado fue mejor”, hundiéndome en un hoyo no sólo clichesudo, sino también deprimente y justificador de muchas de las decisiones tomadas, perdidas y fallidas en lo que llevo de vida.

Eso último –en especial las últimas 17 palabras de la frase anterior– no es de lo que vengo a hablar aquí, ni tampoco tengo el interés de hacer un recuento vago de lo que ha sido mi vida luego de ser consciente de las tres constantes que mencioné más arriba. Tampoco pretendo hacer un manifiesto...

¿O tal vez sí?

¿Será más bien un manifiesto sobre la manifestación de las plantas?

¿Seré yo la voz desde la cual ellas se manifiestan ante usted, lector o lectora?

...Creo que al final es una conversación lo que quiero generar aquí, una conversación como esas que he llevado con mis allegados en último año. Probablemente esa conversación sea un monólogo, a menos que la vocecita interior de usted, lector o lectora, comente, responda, contradiga, cuestione o confirme las cosas que diré a continuación.

Dos

Me dediqué fervientemente a comprar matas, a

leer sobre matas, a plantar matas.

matas

matas

matas

matas

y más matas. ¿Tú matas?

¿Qué matas?

¿Matas las matas?

¿Las matas te matan?

¿Las matas matan a la memoria...

... o tú matas a la memoria y a las matas?

No importaba cuál fuera, y al principio, las que me gustaban y las que tenían nombres extraños, olores, sabores y funciones “mágicas” me atraían aún más. Comencé a encontrarme con ellas de verdad, enfrascarlas, plantarlas, olerlas, comerlas, cortarlas, retorcerlas, frotarlas y regalarlas. Me volví la niña de las matas. Compraba prontoalivio para llevarle a mis gatos –que por cierto se la comen–, y aprendí a identificar de ojo, aunque no de nombre, algunas de las malas hierbas que resultaba y acontecía tenían propiedades especiales y que crecían frente a mi casa y hasta en el pavimento.

Todo lo que hacía y pensaba con respecto a ellas era un desorden constante

Y estaba bien.

Porque las plantas

se comen,

se beben,

se plantan,

se riegan,

se alimentan,

se mueven,

se pegan,

se enferman,

se ensucian,

lloran,

florece,

se regalan,

se pierden,

se podan,

se cortan,

se mueren.

**Qué coincidencia que seamos tan
parecidas ellas y nosotras, nosotros.**

**Que coincidencia que todo eso lo
hacen en su casa, o en la nuestra ya
que las tenemos tan cerca.**

Comencé también a preguntar sobre las plantas, en general así como a afiliarlas con algo y con alguien; con la felicidad, el amor, la tranquilidad. Las asociaba con personalidades específicas, como cuando le escribí alguna vez a una persona a la cual quise mucho y a la que ahora le envío mails, comparándola con una margarita, por como era ella, y por como es la flor, esa *Bellis perennis* : “Tal vez no sepa ya quién eres, tal vez no sepa cómo piensas o qué haces, pero te has transformado para mí en un ser resistente, de una fuerza impresionante y de una belleza inimaginable”. Y ya que estaba en esas, deseé tanto convertirme en una flor, y funcionar y comerme el mundo como tal. Me convertí en mis sueños en un sietecueros, el árbol más familiar que encuentro en mi repertorio, y así he sido yo desde entonces. Los sietecueros se convirtieron en mi familia, y yo un ser bípedo que sólo quería que le creciera una raíz y flores moradas por todo el cuerpo para sentirse aún más cerca a su familia vegetal.

Tres

**“Te acuerdas, Sylvia, cómo trabajaban las mujeres
en casa.**

Parecía que papá no hacía nada.

**Llevaba las manos a la espalda inclinándose como
un rabino fumando una
cahimba corta de abedul,
las volutas de humo le
daban un aire misterioso.”**

**“Te acuerdas, Sylvia”, en *De un solo dominio*
JOSÉ KOZER**

No soy Sylvia, pero me acordé de mi abuela, su jardín, su patio al lado de la cocina. Me acordé de mi papá y su gusto reciente por las orquídeas, y de cómo cada 31 de diciembre sacaban la casa por la ventana y compraban flores de todos los colores y espigas de trigo para la suerte. Todo tenía matas por todo lado, siempre. Los ladrillos, los vasos, algunos platos, hasta la arena de los gatos. La mesa, el perchero, la lámpara, las pinturas, los dibujos, las solapas, el cabello. Todo se lo comían las plantas y hasta hace poco me di cuenta. Me acordé de la casa de la tía de mi mamá. Más desordenada que la casa del putas, pero todo se lo comía no sólo el polvo sino las plantas monumentales que tapaban las puertas; esas palmas de la sala, las flores secas y frescas, el descuido de una enredadera que se empecinaba en tomar una de las paredes. Creo que eso era lo único que me gustaba de esa casa porque cada vez que

iba las alergias y el polvo no me dejaban ni respirar. Pero al final esos seres vegetales no eran nada comparados con cómo las plantas se comían las casas de ambas familias en el pasado; la una por ser de pueblo, la otra por pertenecer a una familia con cierto estatus social y con ganas de una búsqueda natural en una ciudad que se comenzaba a expandir.

Cómo hubiera querido ver esas plantas de finca y ciudad. Cómo me hubiera gustado sumergirme de lleno en esos pastizales que superaban la cabeza de un niño promedio, o subirme a los palos de naranja y toronja de la casa de la tía de mi abuela cuando estaba en su máximo esplendor. De esos palos sólo tuve los frutos que bajábamos con mi hermano cuando pequeños porque un muro bien pegadito al árbol evitaba que nos subiéramos –seguro es una excusa para decir que además era una miedosa–, y de Los Mangos en Salamina sólo me quedó, además de la rabieta que me pegué, la piscina de manguerita, porque de mangos no tenía nada la única y última vez que fui.



**¿Qué clase de plantas
llenaban las casas de
mis familias?**

¿Cómo eran las casas antes?

**Porque las fotos de mi familia muestran
casas llenas de plantas...**

grandes, pequeñas,

s o l a p a d a s , tímidas,

coloridas,

verdes,

verdes,

y más verdes.

Y hay una foto de mi tía en la que está rodeada de orquídeas...

Y otra de mi primo, asoleándose, junto a una matera llena de
manzanillas.

Y varias,

muchas,

demasiadas,

de mi mamá en el patio de la casa,

frente a las moras,

con el arbusto,

sobre el pasto,

escondida en el jardín.

Y otra en una plantación de café, por allá en Salamina.

Y una de mi papá con un papel de colgadura florido,

una cortina florida,

un piso florido.

Y uno que tiene que conformarse con tomarse la foto con la mini
suculenta que uno trata de no dejar morir.

Sé con mucha certeza que las pocas plantas que ahora adornan mi casa son rezagos de lo que eran los bosques y selvas hechas en las salas y los comedores, así trate de replicarlos enraizando y plantando desde las pepas de aguacate para la ensalada hasta los esquejes de plantas extrañas y maravillosas traídas desde lugares lejanos como Palmira. A pesar de mis esfuerzos, los anturios pequeños sobre la mesa de la sala y las panameñas que recientemente logré hacer pelechar no son nada comparadas con los helechos y los pastos que se tomaban hasta las lámparas de techo de la casa de mi madre, cosa que no me creí hasta que vi una foto que lo confirmaba. En mi imaginación aparecían las matas más extrañas, las orquídeas más maravillosas, y paisajes domésticos de fantasía. Pero no. Las plantas de las casas de mis padres eran las mismas, o casi, que las que vendían y siguen vendiendo en las plazas de mercado, y las que de alguna forma se siguen viendo en las calles como las veraneras o bugambilias, los novios o geranios y por supuesto los sietecueros. La Plaza Samper Mendoza,

al lado de Paloquemao, se convirtió en mi meca botánica y espiritual. Botánica porque encontré en ella la variedad de plantas que conversé con familiares y amigos, las que he comido y hasta las que he tratado de quemar. Conocí muchas más que se colocaban detrás de las puertas como objetos apotropaicos, que se utilizaban para brebajes, encantamientos y amarres, o las que eran perfectas para las cataplasmas para el cabello y la cara*. Espiritual más en el sentido de reconexión con una parte del pasado parcialmente propio gracias a lo que logrado heredar no sólo de mi familia, sino también de un imaginario colectivo local sobre el uso, presencia y significado de las plantas.

Pero esas plantas, si bien fueron el puente entre el pasado y el presente, así como el sustrato del tejido de las historias de mis familiares con las de la familia de Don Alirio, mi proveedor oficial de achiote y mora silvestre (que de hecho hace tiempo no he vuelto a visitar), me devolvieron

* De hecho, en uno de mis viajes a la plaza, encontré una planta a la que llamaban disque “Pierda-barriga”, Según me explicó don Alirio, la planta funcionaba si se utilizaba como una faja luego de hervir por varios minutos. No he tenido la valentía y juicio para probar su eficacia, por lo que no puedo decir mucho más sobre ella.

a esa nostalgia que tanto quise evitar y de la que ahora me aferro tanto. Y es una nostalgia por un pasado abundante, paradisíaco, lleno de frutas tropicales, naranjos, matas de ají, lavanda importada, palosanto, destrancadera, achio- te, romero, manzanilla y caléndula. Es una nostalgia por un pueblo al que siempre odie ir toda mi vida pero en el que ahora encuentro una parte de mí, y una ciudad que he conocido desde siempre pero que no es la misma de anta- ño. Es una nostalgia por los jardines con enredaderas ma- ravillosas, las alfombras floridas ahora carcomidas por la humedad y el gorgojo, y los papeles de colgadura que nun- ca conocí en su esplendor más allá de fotografías. Es una nostalgia por algo que pudo ser mío y no terminó de ser, bien sea porque las familias cambian, se separan, se mue- ren; las casas se caen, se agrietan, se enmohecen y todo el esplendor queda debajo de capas de polvo y pintura que alguien más colocó para hacer de lo que antes fue un pala- cio colonial, un hostel o una pollería.

¿O tal vez todo eso que añoro desde la distancia temporal y espacial sí puedo considerarlo como mío?

Seguro esas capas de toda esa herencia material, culinaria, anímica y espiritual hacen que yo tenga esta memoria vegetal. Tal vez la forma en la que mis familias se aferraban y concebían a las matas ha pasado a mí de tal forma que ahora mi relación con ellas es un sancocho bien espeso de memorias dactilares, emocionales, fotográficas y familiares del cual ya no pueda escapar y hasta ahora me haya dado cuenta de eso. Y volviendo al ‘Manifiesto’, podría decir que así se manifiestan las plantas en la vida de la gente; desde los menjurjes de las abuelas, o el conocimiento popular de la fruta tal o la hierba tal, ¿y si vio ese pedacito de madera de palosanto que es bendito para equis o ye motivo?

¿Qué pasa si existen más capas de esa memoria aún más allá de ese sancocho espeso?

Ya no sería un sancocho espeso solamente, sino un sancocho trifásico con hibas, cubios, chugüas y habas, acompañado con arrocito de coco, arepita de huevo, aguacate y plátano, y con postre de maracuyá, o papayuela, o güayaba y refajo.

Volviendo a la nostalgia, creo que puedo sentirla también sobre la muerte, la mía, la de las plantas, la de mi familia, la de la casa. ¿Será que en un futuro mis posibles hijos escudriñen en los archivos familiares y piensen lo mismo que yo con mis antepasados respecto a lo que ha significado la vida, la casa y las plantas? Sólo el tiempo lo sabrá. Pero al final, sea como sea, las plantas que observo y compro compulsivamente en la plaza, y en las esquinas y en las floristerías y hasta en Carulla son para mí y mi familia referentes de la casa, de las historias, de las identidades de cada miembro del espacio e incluso como significantes de cosas más elevadas, espirituales. Las plantas *son* la casa y por eso se la comen cuando esta se abandona, se llena de polvo, y está lista para caer y morir como sus ocupantes. Las plantas son los objetos o seres más constantes, los que lo ven todo, lo sienten todo, y se multiplican reproduciendo las historias y lo que observan. Las plantas son signos del deterioro y del decaimiento, pero también de la vida

que existe y existió en los objetos y espacios que alguna vez habitaron con mayor control y sumisión. Esto lo dice Maurice Maeterlinck en su *Inteligencia de las flores*, quien lo toma como la búsqueda de libertad de las plantas, de ser partícipes del mundo y de romper con los espacios que las han contenido. ¿Pero quién les dice a ellas que ya son partícipes del mundo aún en el control absoluto? ¿Quién le dice al achiote que significó durante tres años de mi vida ser el aliado perfecto contra las alergias junto con el vino blanco? ¿Quién le dice a la mora silvestre que vivió cómoda en el patio de la casa de mi madre y que junto con sus hermanos servía de diversión y comida, pero también refería al dolor y al cuidado por los pinchazos?

Tal vez por eso dicen que toca hablarle a las plantas mientras crecen; para que sepan que son importantes, y para que nos cuenten, cuando ya ha pasado el tiempo, qué fue todo eso que vieron, sintieron y vivieron.



La casa es el rincón del mundo

Las plantas son LA CASA

LA CASA son las plantas

Las plantas adquieren su identidad por LA CASA

¿Qué es LA CASA ?

¿ LA CASA es el espacio ?

¿Las personas son LA CASA ?

LA CASA se construye por las plantas que alberga

LA CASA

En este preciso momento que escribo estas líneas, llevo varios meses encerrada en mi casa producto de la pandemia que nos cogió desprevenidos a todos, y a partir de la cual he pensado bastante en torno a la casa, lo que significa *mi* casa y qué implica estar todo el tiempo en un espacio que alberga el universo personal y familiar; se supone. ¿Pero qué es ese universo? ¿Qué lo conforma? ¿Qué y a quiénes resguarda? ¿Qué es la casa como espacio? ¿El universo contenido en la casa se crea a través de la memoria, del ensueño o simplemente por medio de los objetos?

Va el día uno. Ya recorrí toda la cocina.

.
. .
. .
. .

Va el día dos. Ya sé qué es lo que hay en la alacena.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Diez.

Entendí a qué hora se
manifiesta la luz del sol en mi ventana, qué pared se ca-
lienta más, a qué hora es mejor ponerse el saco, hacia dón-
de miran las plantas ahora que vivo todo el día con ellas.

Once.

Doce.

Trece.

Catorce.

Quince.

Debo admitir que mi relación con el espacio doméstico es terriblemente contradictoria. Me gusta pero no me gusta. Quiero volver a él, pero al mismo tiempo quiero alejarme lo más posible. No pretendo en este texto, o por lo menos en un largo tiempo, responder a esta interrogante que surge desde la interacción constante con el espacio, con los objetos, con las personas, con los rincones y con una que otra mosca que se pega a la ventana.

Dieciséis.

Diecisiete.

Dieciocho.

Diecinueve.

Veinte.

Siento que más que el espacio de *la casa*, es decir las habitaciones, la cocina, la sala, los baños, la terraza, no son lo que realmente me

atraen y lo que realmente hacen que quisiera volver así sea por la noche simplemente para dormir. Creo que es aquello que sucede *dentro* de aquellos espacios, las tradiciones familiares, las conversaciones, los fenómenos naturales, y los objetos que aparecen y desaparecen son los que me llaman, como si me hablaran, como si me susurraran al oído que quieren que vuelva a jugar, que vuelva a pensar, que llore, que ría, que explore, que me vuelva pequeña, grande, flaca, gorda, pegachenta, resbaladiza...

Veintiuno.

Veintidós.

Veintitrés.

Veinticuatro.

Veinticinco.

...sin embargo el espacio con el que convivo a diario ya no me llama, ya no me susurra, ya no apela al juego y a la imaginación. El espacio que se *supone* debería ser mi

rincón del mundo no lo siento propio porque no me habla, seguro porque ya, después de 21 años de convivencia, agoté las posibilidades de pensarlo, de mirarlo, curarlo y destruirlo. ¿Y cómo me puedo culpar si los espacios de mi infancia estaban contruidos de forma en la que todo el tiempo podía descubrir algo nuevo? ¿Cómo pensar que estoy equivocada cuando en aquellos lugares de mi niñez, más allá de nidos o refugios podía meterme por los recovecos, asustarme con las puertas y cuartos oscuros que no se abrían, y aporrearme mientras corría alrededor del patio central, lleno de plantas maltrechadas, otras secas y sin podar? Ahí sí que podía inventarme historias e imágenes maravillosas con puertas que estaban talladas con rostros humanos, flores y muchos arabescos. Encontraba motivos para pelear contra las entonces sillas gigantes, y soñar edificios con los palos de toronja y naranjos que se alzaban hasta el cielo y que daban los mejores frutos que comía con mi hermano y mis primos luego de que la viejita Carolina con su palo largo con a muesca en la punta los hiciera caer.

Veintiséis.

Veintisiete.

Veintiocho.

Veintinueve.

Treinta.

Creo que aprendí a querer esa casa por el hábito de visitarla cada vez que poníamos pie en Salamina, aunque puede que haya algo más. Podría afe-rrarme un poco a las palabras de Gastón Bachelard quien dice que “la palabra hábito es una palabra demasiado gas-tada para expresar ese enlace apasionado de nuestro cuer-po que no olvida la casa inolvidable”*. Lo que dice Bache-lard lo pienso y pienso. Va y viene. Entra y sale. Y tiene sentido, porque vaya que esa casa y sus palos de naranja y toronja no los olvido nunca, así como mi mamá no se olvidará nunca del espejo del siglo XIX de uno de los cuar-

* Gastón Bachelard, *La Poética del Espacio*, trad. Ernestina de Champourcin, (Buenos Aires: Fon-do de Cultura Económica, 2000), 36.

tos frente al comedor al que se llegaba cruzando el patio/
jardín central.

Treinta y uno.

Treinta y dos.

Debo anotar que esta no es la única casa familiar de la que tengo recuerdos. Hay muchas más que se reparten a lo largo y ancho del país, pero a las que podría decir que me aferro y que imagino todo el tiempo se reducen a un puñado que se cuenta con los dedos de una sola mano. Son los nidos de la infancia, esos lugares donde todo parecía gigante, pequeño, alto, bajo, claro, oscuro. Son lugares que se configuran a través de el habitar y la conformación del hogar como un primer universo, descrito por Bachelard, desde el que giran todos los anhelos futuros, las ensoñaciones, los juegos, las palabras y los recuerdos. Es ese espacio que a partir de la memoria se “estrecha contra sí mismo, se retira, se acurruca, se oculta, se

esconde”*, aunque creo que Bachelard olvidó también que se e s t i r a , se separa, se vuelve otra cosa. Esos lugares cuando uno es niño se convierten en símbolos de la felicidad, de la levedad, de la libertad del alma y de la imaginación. Son visiones que se conjugan constantemente en la memoria conforme pasa el tiempo, y se transforman de acuerdo a los anhelos y necesidades que la vida y los años van creando en y para nosotros.

Treinta y tres.

Treinta y cuatro.

Treinta y cinco.

Es como si la casa nos hablara desde el pasado.

O quién sabe.

De pronto alucinamos.

De pronto soñamos demasiado.

* *ibid*, 94.

De pronto añoramos el juego y por eso imaginamos una casa soñada en la que todas las sensaciones, visiones, momentos, recuerdos, sabores, olores, personas, animales, plantas, sopas, amores, alfombras, camas, monstruos, frutas, verduras, escobas, baldes, duchas, tinas, cercas, ollas, cucharas, palos, el polvo, las cucarachas, el pasto, las piedras, los ladrillos, las monedas, el pregón del que vende el aguacate se unen en un espacio infinito, imperecedero, resistente a viento y marea; un espacio utópico que se replica en la memoria en forma de ensueño y aspiración a ser materializado en espacio tangible construido desde un espacio *real*.

Treinta y seis.

Treinta y siete.

Treinta y ocho.

Treinta y nueve.

Cuarenta.

Así no seamos conscientes tratamos de hacer de nuestra casa, de nuestro espacio doméstico *propio** el reflejo o materialización de todas esas utopías. Pienso entonces en el tercer principio de la heterotopía propuesta por Foucault:

“Tercer principio: la heterotopía tiene el poder de yuxtaponer en un solo lugar real múltiples espacios, múltiples emplazamientos que son en sí mismos incompatibles.”**

Sé que la casa se construye a partir de diferentes espacios que se configuran con una función específica, que responden a unos objetivos, y que dependiendo de ellos se

* Me refiero por espacio propio al construido por iniciativa propia. Aquel que se crea cuando se sale de la casa de la infancia.

** Michel Foucault, “Los Espacios Otros”, Fotocopioteca, nº 43 (2014), s.p. http://www.lugaradudas.org/archivo/publicaciones/fotocopioteca/43_espacios_otros.pdf

llenan con determinados objetos, se llevan a cabo determinadas acciones, e incluso, de este depende en qué medida las paredes se unen, se cruzan, se abren y se cierran...*

Foucault no habla específicamente de la casa dentro de las decenas de ejemplos que presenta mientras explica las heterotopías, pero vaya que el espacio doméstico tiene un potencial impresionante para ser un espacio con múltiples espacios, sin jerarquías, cambiantes, infinitos. Y no sólo por el espacio en sí mismo, sino por los objetos que lo habitan. Se vuelven heterotopías cuando en nuestro afán de construcción del espacio *propio* incorporamos prácticas, tradiciones y objetos que nos recuerdan a la multiplicidad de espacios de la casa de la infancia, los cuales cambian y se activan de forma distinta conforme dejamos entrar a este espacio no sólo objetos, sino personas, pensamientos y recuerdos.

* “1. Todo apartamento está compuesto de una cantidad variable pero limitada de piezas. 2. Cada pieza tiene una función particular”. [Georges Perec, *Especies de Espacios*, trad. Jesús Camarero, (Barcelona: Montesinos, 2001), 53.]

La cocina, por ejemplo, y por lo menos en lo que respecta a mi familia materna, es el espacio donde se combinan no sólo las recetas de antaño con las contemporáneas, sino los chismes, las prácticas, las funciones: que las rosas se cortan aquí, que ponga a hacer crecer el aguacate al lado del horno para que le de calor, dese cuenta que el calentador de la ducha está prendido y ponga la ropa a secar al lado. El espacio delimitado por unas prácticas específicas y por unas paredes fijas se transforma, y dependiendo de las personas, del tiempo del año, de la necesidad, simplemente puede pasar de ser una cocina cualquiera a sala de terapias, bar, lavandería jardín.

Cuarenta y uno.

Cuarenta y dos.

Cuarenta y tres.

Cuarenta y cuatro.

Cuarenta y cinco.

Según Foucault el jardín es la heterotopía por excelencia por la superposición de significados que se pueden encontrar en él. A pesar de que el ejemplo se limita a hablar sobre cómo los jardines eran considerados como un microcosmos para sociedades milenarias de acuerdo a su disposición en el espacio y la forma en la que se disponen las plantas y elementos en él*, podría pensar en el patio central de la casa de Carolina, allá en Salamina, o en el jardín de mi abuela en Manizales, o incluso en los jardines de las casas bogotanas que alcancé sólo a conocer en fotos. Vuelvo un poco al tema de la ensoñación descrita por Bachelard. Las plantas hablan, las plantas se mueven, crecen, mueren, atraen insectos, pican, raspan, huelen. La imaginación infantil convierte todo esto en información que se traduce a lo largo del tiempo en forma de sueños,

* También entra aquí el ejemplo de los jardines franceses e ingleses que se diseñaban y embellecían conforme su visión del mundo, o los jardines botánicos que albergan en sí mismos la mayor parte del mundo vegetal que les es posible.

aspiraciones y utopías. Pero no se quedan estáticas. Al contrario, siguen nutriéndose de las memorias que les siguen, cambiando sus significados, sus sentidos, su ubicación dentro de la memoria, y la forma en la que consideramos podemos llevar dichas ideas al plano tangible o *real*. El jardín de Carolina, el de mi abuela, y el que construyo en la sala de mi casa son, en mi caso, pequeños universos vegetales que van creciendo conforme conozco el mundo. Son universos que se expanden en la memoria, que albergan más que sólo pequeñas florecillas, pastos, tréboles, hormigas, enredaderas y hongos. Y plantar, enraizar, intercambiar y regalar las plantas para la construcción de aquellos jardines es recoger partes de lugares y seguir expandiendo ese universo en un espacio que como es el caso de las casas contemporáneas, cada vez es más reducido.

Cuarenta y seis.

Cuarenta y siete.

Cuarenta y ocho.

Cuarenta y nueve.

Cincuenta.

Pero me desvié un poco sobre la idea de la casa, del hogar, del espacio doméstico como lugar heterotópico. Creo que hablar de esto es más claro cuando pienso en la casa de Carolina la última vez que logré visitarla por allá en 2010, por lo que voy a intentar hacer memoria. La casa estaba construida como una casona tradicional de la zona cafetera colombiana: Un zaguán que conecta la calle a un patio central, cuyo alrededor lo conforman el comedor con la puerta de madera, la cocina que conecta al patio trasero, la sala de estar –a la que sólo pude acceder una que otra vez– y las habitaciones ya vacías y con las paredes de bahareque carcomidas por la

humedad*. Lo curioso de aquella casa es que todas, absolutamente todas las habitaciones se conectaban entre sí por medio de puertas, lo cual, en un día normal, estarían todas abiertas rompiendo con el espacio cerrado de la habitación, el rincón que conocemos desde las casas contemporáneas. Es ahí cuando el espacio heterotópico se construye a través de la apertura del espacio y su cercanía con el jardín, otro espacio heterotópico por excelencia. Sin embargo, ese concepto podría aplicar en el caso de la casa de Carolina sólo por lo que me acuerdo de mis juegos infantiles y cómo aquellos se enredan y desenredan a lo largo y ancho de la casa, sin distinguir en realidad el espacio debido a su apertura y levedad.

Cincuenta y uno.

Cincuenta y dos.

* La casa sigue el tipo de construcción tradicional utilizado durante la colonización antioqueña. A su vez, esto responde a una tradición arquitectónica española y mozárabe en la que predominan los patios centrales, los jardines y los zaguanes.

Cincuenta y tres.

Cincuenta y cuatro.

Cincuenta y cinco.

A pesar de que tal vez el concepto de la heterotopía no se ajuste como un guante a la casa de Carolina, podría hablar del potencial de la casa como uno desde la situación que vivimos actualmente*. Desde la entrada al espacio que supone un ritual de asepsia obligada, hasta la ruptura extrema y absoluta de la función del espacio, de la presencia de los objetos, de la apertura tal vez no física pero sí mental y espiritual de las paredes que separan cada una de las secciones de la casa. Traigo a colación de nuevo, no sólo el tercer principio de las heterotopías sino también el quinto:

* Por actual me refiero a la Cuarentena que ya no es cuarentena porque ya de los cuarenta días pasó hace mucho rato (Junio 2020).

“Quinto principio: las heterotopías suponen siempre un sistema de apertura y uno de cierre que, a la vez, las aíslan y las vuelven penetrables. En general, no se accede a un emplazamiento heterotópico como accedemos a un molino. O bien uno se halla allí confinado –es el caso de las barracas, el caso de la prisión– o bien hay que someterse a ritos y a purificaciones. Sólo se puede entrar con un permiso y una vez que se ha completado una serie de gestos.”*

* Foucault, “Los Espacios Otros”.

Pienso que es curioso pensarse el espacio doméstico desde la premisa anterior. Porque si se toma de la forma más literal posible, podemos encontrar las dos condiciones del espacio heterotópico incluidas en la relación que tenemos como sociedad actualmente con nuestro espacio doméstico, en el hogar. Remontándome a la Semana Santa más extraña de mi vida*, pienso en cómo la casa era el centro donde se concretaban no sólo la parsimonia de la desinfección extrema y extensiva, sino también el viacrucis del encierro y la asepsia. Y al mismo tiempo la casa se vuelve todo y sirve, así sea de manera obligada, para para dormir, comer, beber, emborracharse, plantar, cocinar, bañarse, hablar, trabajar, ir a terapia, llorar, reír, rumbear, trabajar, estudiar, echar chisme, meditar...

* Abril, año 2020.

Cincuenta y seis.

Cincuenta y siete.

Cincuenta y ocho.

Cincuenta y nueve.

Sesenta.

Sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres.

Sesenta y cuatro.

Sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, sesenta y ocho,

S e s e n t a y n u e v e .

[No tiene sentido pensar en la séptima decena]

Ochenta.

Ochentayunoydosytresycuatroycincoyseisysieteyochoynueve...

Quatre-vingt dix.

91 - 92 - 93

96

97

94 - 95

98

99

Ya paró el frenesí de pies inquietos por toda la casa. Ya me cansé de andar de un lugar al otro.

Por fin pude salir.



La casa expandida

“Vivir en una habitación ¿qué es? Vivir en un sitio, ¿es apropiárselo? ¿Qué es apropiarse de un solo sitio? ¿A partir de qué momento un sitio es verdaderamente de uno? ¿Cuando se han puesto en remojo los tres pares de calcetines en un barreño de plástico rosa?”

**Espacios de espacios
GEORGES PEREC**

En estos días extraños en los que pensaba en el sentido de pertenencia que podía o no tener en relación al lugar que se supone es mi hogar, pensaba también en esos otros lugares distintos a las casas de la infancia, a la mía, a las de mis abuelos; esos espacios que probablemente no son domésticos ni están pensados como tal, pero que se pueden seguir considerando como *hogares*.

“Extraña situación, ¡los espacios que amamos no quieren quedarse encerrados siempre! Se despliegan. Dígase que se transportan fácilmente a otra parte, a otros tiempos, en planos diferentes de sueños y recuerdos”*

Me devuelvo a eso que pensaba sobre cómo intentamos pensarnos los lugares domésticos de ensueños sobre nuestro espacio propio, esta vez trasladándolo a otros lugares. ¿Acaso existen otros lugares además de la casa que

* Bachelard, “La Poética del Espacio”, 64.

construimos a través de aquellos recuerdos? ¿Cómo sabemos que esos otros espacios son propios? Imagino entonces el espacio de la oficina, el espacio del taller. ¿Se hacen propios a partir de cómo colocamos nuestros objetos en el espacio? ¿A partir de lo que vivimos, cómo lo vivimos y con quién lo hacemos? ¿En qué medida los recuerdos de la casa de infancia se replican en esos espacios *otros*, y qué grado de consciencia existe cuando colocamos una planta conocida y querida en el escritorio, al lado de la ventana, sobre la estantería?

Bachelard, como mi gurú de los pensamientos sobre la casa decía algo también que me dejaba pensando y que probablemente se pueda aplicar a todo lo que he escrito a lo largo, ancho y diagonal de este texto: “La casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano”*. Sé que cuando se refiere a esto en su texto, Bachelard habla

* *ibid*, 59.

sobre el espacio doméstico como refugio y armadura del mundo, la cual debe valerse de quienes la habitan para enfrentarse a él. Pero siento que esta frase también adquiere sentido cuando se habla de la casa en relación a los objetos que la ocupan, las plantas que la llenan, los animales que tienen acceso a un mundo creado para la humanidad.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

Está Manuel Almanza, el tío abuelo de mi madre que guardaba una rosa eterna en un botellón.

Kami y su palo de mango en Barranquilla.

La madre de Miguel con todas las plantas que recoge en sus viajes y de los intercambios con sus amigas.

Estoy yo tratando de germinar frijoles como cuando tenía cinco años.

La casa y sus objetos, incluidas las plantas, responden a las personas que se encuentran habitando el espacio, sea el que sea, sea el espacio doméstico o ese espacio otro que puede estar en cualquier parte del mundo.

Elhogar...

Seestira.

Seencoge.

Sehace.

Sedeshace.

Sepinta.

Sellena.

Sevacía.

Seocupa.

Seabandona.

Eselcuarto.

Eslaciudad.

Eselmundo.

Y las plantas

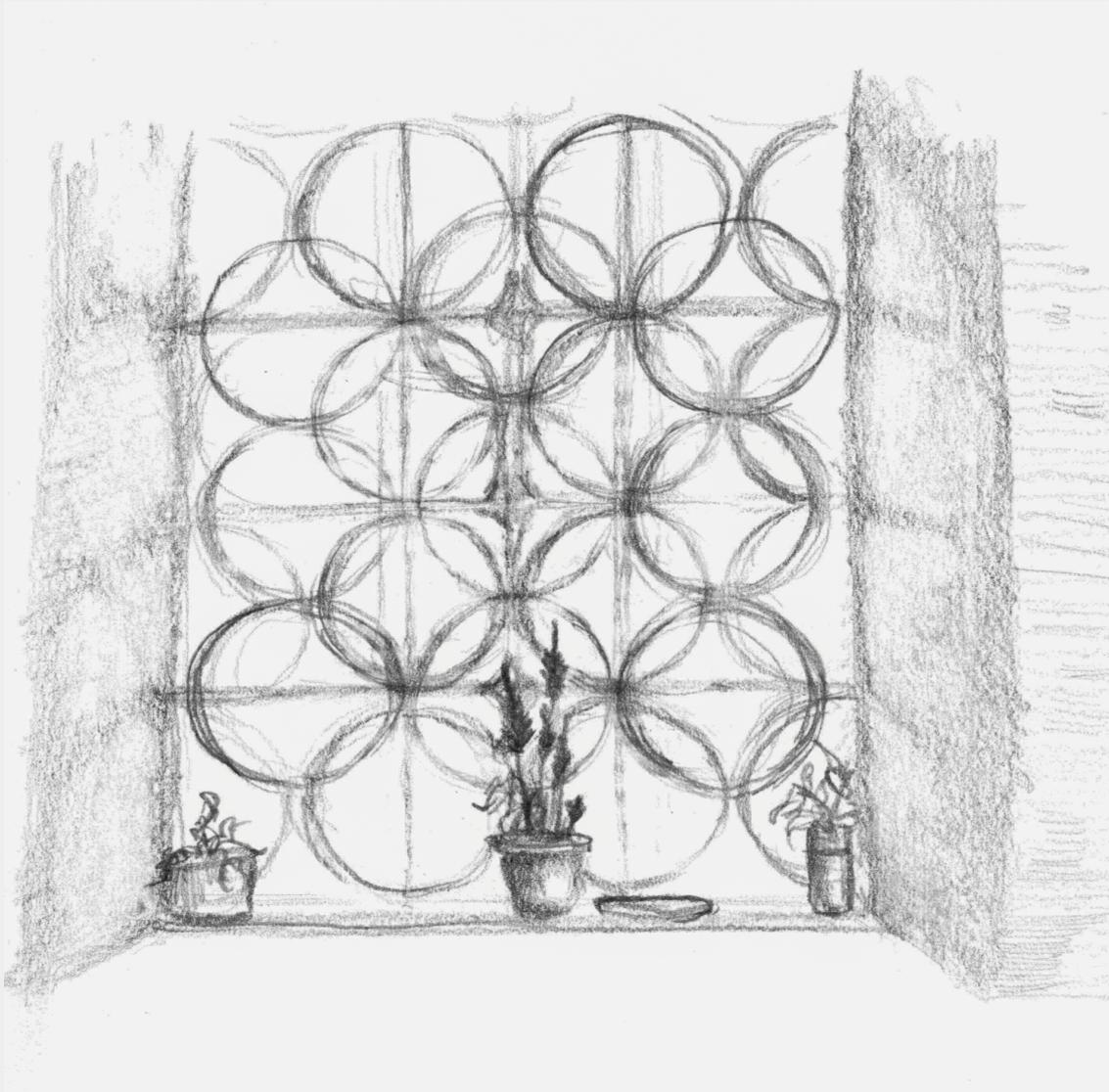
Dejan su olor.

Se trepan.

Nos protegen.

Ofrecen su compañía.

Se vuelven familia.



El paisaje vegetal

***“¡Oh, raíz sagrada de Jesé
que en lo alto
presentas al orbe
tu fragante nardo!***

***Dulcísimo Niño
que has sido llamado
Lirio de los valles,
Bella flor del campo.”***

**Novena de Aguinaldos
(Fragmento)**

Yo practico un deporte más o menos extraño: soy campeona local de Avistamiento Profesional de Hierbajos (o AVH para mí consciencia). Como observadora de dientes de león, artemisas, perejiles y florecillas del pavimento, he podido darme cuenta cómo en una ciudad como Bogotá nos hemos esforzado por sacar a las plantas de nuestras vidas; bien sea talando los pocos árboles que quedan, podando los pastos o arrancando las llamadas malas hierbas de los jardines y las aceras. Y al mismo tiempo, en caso de no poder hacer nada por exterminarlas del todo, resolvemos por plantar seres vegetales de las formas más rígidas y controladas posibles. Luego de residir la totalidad de mi vida en la ciudad, este tipo de prácticas no se me hacen para nada extrañas. Se nos ha enseñado que la ciudad es el epicentro de la civilización, en la que todo, a pesar del caos que conocemos como los trancones interminables, los olores y las calles con nomenclaturas extrañas, debe

ser controlado, vigilado, estirado y ordenado según las expectativas sobre lo que se espera de ella. La pugna por el territorio se convierte en una guerra eterna entre el cemento, el hormigón y el acero, y la madera, los cloroplastos y el polen. La naturaleza se vuelve entonces la antítesis de el ideal de sociedad urbana y cosmopolita que cada vez más se vuelca hacia la simpleza, el orden y el minimalismo aséptico.

Traigo a colación por un momento, aprovechando mi relativa seriedad en este punto, a Ángel Rama quien se refiere a cómo la educación de la sociedad es la herramienta para alcanzar el modelo de ciudad perfecto, de órdenes y funciones establecidas. Es más, en el primer capítulo de *La ciudad letrada*, el autor menciona específicamente que “a las ciudades competía dominar y civilizar su contorno”^{*}.

^{*} Ángel Rama, *La ciudad letrada*, (Montevideo: Arca, 1998), 26-27.

Si bien tengo entendido que esto es así en el plano de cómo se moldea una ciudad a partir de las ideas que se plantan a través de la educación...

...plantan

plantan

plantan...

...pues creo también que aplica también en la forma en la que decidimos plantar las plantas dentro del espacio urbano y doméstico...

...plantar

plantar

plantar.

Me pregunté entonces lo siguiente, luego de darle vueltas y vueltas a Rama:

1. ¿Qué papel ejercen las matas dentro del espacio urbano?
2. ¿Por qué las seguimos teniendo en jardines y creciendo dentro de las casas si lo que buscamos es la asepsia motivada por la idea de ciudad?

Gilles Clément y sus jardines planetarios aparecieron de repente como una revelación divina respondiendo –en parte– ambos cuestionamientos que ya me tenían varios días sin dormir y pensando ya no en ovejitas saltando las cercas sino en las matas maravillosas de Alicia en el País de las Maravillas, pero la película*. Clément me enseñó un poco sobre cómo, como jardinera, debía ser lo más observadora posible para conectarme con mis plantas, con su entorno, con sus ciclos de vida. Pero no se quedó ahí. De hecho, me hizo darme cuenta de que, incluso como jardinera, como amante empedernida de las plantas, y como ser vivo habitante de una ciudad –capital, además–, me encontraba permanentemente ante el diseño constante de las plantas y el espacio, el espacio y las plantas. Busco constantemente en ellas esa naturaleza que ha sido arrebatada por el afán del progreso y la limpieza, pero al mismo tiempo ejerzo un control sobre cómo crecen, por qué crecen, para qué crecen, y si pueden o no ser acompañadas por sus propias “malas hierbas”.

* Ya hablamos de esto.

[“El jardín establece los términos de nuestra separación de la naturaleza al mismo tiempo que nos devuelve a ella.”*]

* Jens Andermann, “Cosmopolitismos telúricos: jardín y modernidad en Latinoamérica”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 40, N° 79 (2014): 202.

Hay un gran componente de control en el hecho de plantar las plantas en materas porque de todas formas se las priva de su espacio natural, de una tierra y una relación simbiótica completa con el ambiente que les rodea. También existe una noción de orden y estética en la manera en la que se arrancan los hierbajos que se logran colar entre la tierra comprada en el supermercado. ¿Qué necesidad tenemos de arrancar cada hierbajo que se nos cruza por el camino, o cortamos ese pequeño pasto que saca su cabeza de alfiler para comunicarse con la planta que domina su maceta? Yo sé que es imposible pensar como una planta, pero me imagino que debe existir alguna comunicación vegetal, algún tipo de conexión entre las plantas que se acercan entre sí. De pronto varias de ellas establezcan relaciones simbióticas para su crecimiento y desarrollo de las que no nos damos cuenta por sólo querer que la rosita importada o el cafeto que logramos traer del Eje Cafetero se vea lindo.

¿Lindo? Lindo ver las plantas crecer aleatoriamente, sin ser podadas, con sus marcas y curvas que dan cuenta de los cambios de la posición del sol a lo largo del tiempo.

Pero este ‘diseño vegetal’ no se restringe sólo a los jardines urbanos y domésticos, sino a toda la población vegetal a lo largo y ancho del país, y ni hablar del mundo entero. En mis múltiples viajes a la Plaza Samper Mendoza, a Carulla, a Paloquemao, y mis caminatas por la ciudad practicando el Avistamiento Profesional de Hierbajos, me di cuenta de algo que probablemente es muy obvio pero que no necesariamente se tiene en cuenta todo el tiempo: Las plantas que recojo, miro, planto, relaciono con las memorias familiares y observo en las fotografías de antaño, o por lo menos la mayoría, no son endémicas. Es más, si no fuera porque me he puesto en una tarea más o menos juiciosa de entender el origen, nombre y usos de las plantas que dibujo y reconozco, no sabría en absoluto cuáles de

ellas han sido introducidas o no al territorio colombiano. Y la vaina se vuelve más difícil cuando se habla de puntos geográficos distintos, porque los climas cambian, las relaciones sociales con ellas son distintas, las implicaciones culinarias, económicas y espirituales varían en muchos casos del cielo a la tierra*.

- ¿Pero qué tiene que ver esto con el diseño vegetal –o por lo menos en Colombia–?

- Demasiado.

- ¿Qué tanto?

- Mucho más de lo que uno se imagina.

* Pienso por ejemplo en la tesis de pregrado en Artes Visuales del 2019-2 de Daniela Rodríguez Gaitán, egresada de la Pontificia Universidad Javeriana. Ella contaba la historia de su abuela, sobandera de Medellín, la cual utilizaba gran variedad de plantas medicinales encontradas en el entorno local para realizar sus curaciones y terapias. Puedo especular un poco con el hecho de que, en caso de que se practique la sobandería en ciudades como Bogotá, la oferta de plantas medicinales podría variar un poco debido a la disponibilidad de las mismas, o de pronto, para otras prácticas de curación, puedan usarse otro tipo de seres vegetales, frutas o semillas.

- **¿Cómo así?**

- **Tiene que ver con la idea del dominio de la naturaleza y el territorio.**

- **Con el deseo de una estética que se ajusta a las necesidades de quien dice dominar el territorio.**

- **Con la búsqueda de un “mejoramiento agricultura y un efecto placentero de variedad*”.**

- **Con el llamado crecimiento económico y el cubrimiento de necesidades humanas.**

* Andermann, “Cosmopolitismos telúricos”, 203 -204.



Es a partir de la combinación de plantas endémicas y exógenas que ahora se forman los paisajes “naturales”, y desde la que construimos nuestros paisajes personales como los jardines, las huertas y los pequeños herbarios que tratamos de armar en el rincón de la sala. Pero, claro está, dependiendo del lugar en el que estemos parados, dichas plantas cambian, se transforman, cambian de nombre, se vuelven anónimas o aún más famosas. Sólo puedo pensar en las historias de mis padres sobre su infancia en lugares tan distintos como Bogotá y Salamina, uno ciudad, el otro pueblo. Uno tierra fría, el otro tierra templada tirando a caliente si a uno le da por bajar la cuesta de la montaña. Que el recuerdo de la papa sabanera podrida por un lado. Que pille la naranja que se cayó en el pasto y que el calor achicharró hasta más no poder. Pienso en los palos de mango tan majestuosos de tierra caliente y que sólo he visto en mis vacaciones, pero al mismo tiempo recuerdo los arbustos de feijoa que se reproducen a granel en Tiba-

sosa, Boyacá junto a las ruanas de lana y el sabajón. Y claro que uno se da cuenta de esa variedad vegetal que cambia con el piso térmico: los frailejones arriba, los cocoteros abajo.

Y es lógico por pura y física biología que sea así. Es imposible poner a crecer *Musa Paradisiaca* en el altiplano cundiboyacense, así como es terriblemente difícil intentar hacer pelechar papa criolla al lado de un cafetal en el límite entre el departamento de Risaralda y Quindío. Y esta diferencia al mismo tiempo aporta una experiencia distinta de cada quién con las plantas que ve, consume, con las que juega y con las que ve pasar la vida imaginaria en el jardín. Yo no puedo decir mucho de los árboles frutales más allá de los naranjos, los palos de mango, guayaba y limón que veía de cuando en cuando en la casa de Carolina, en la finca de Marsella, y en los viajes cada vez más escasos al Eje

Cafetero. Pero sí puedo hablar con más certeza y cercanía del sauco, del sietecuecos y los yarumos enfermos que uno ve por ahí en los barrios altos de Bogotá. Puedo hablar de más recuerdos con los eucaliptos y los pinos de formas extrañas traídos de alguna parte de Europa entre el siglo XIX y el XX y que ahora pueblan los cerros orientales como si fueran los únicos dueños.

No puedo hablar tampoco mucho de los novios o geranios de Salamina, de los guayacanes que cada vez veo menos y menos amarillos, de los cafetos gordinflones del camino de Manizales a Pereira para comer un helado. Y menos, ahí sí que casi que ni por las curvas, de la flor de la curuba, esa que veo tanto por ahí, pero de la que sólo he podido sacar una memoria, sólo una, que guardo con cariño en una flor seca a punto de deshacerse del frío y del desamor.



Coda

Siempre he creído en la palabra y en la imagen como contadoras de historias. A veces es necesario usar la una, a veces es justo recurrir a la otra. Juntas son poderosas. Juntas pueden ser un desperdicio, o juntas pueden ser demasiado. Pero siempre cuentan algo, lo que sea, como sea. La una puede suscitar a la otra, la otra puede llevar a la una. Pueden resumir, describir, sobreponer, estimular a la memoria, corporeizar a algo o alguien, conversar, discutir, refutar. Pueden ser mapas del tiempo pasado, mapas de sensaciones y visiones. El dibujo más que la escritura, porque crea convenciones y muestra cosas de las que probablemente no nos hayamos percatado nunca, pero también olvida y oculta.

Las palabras, las imágenes y los objetos se leen, y más cuando han vivido una historia, han visto, han soportado, se han manchado y han perecido. Los espacios se sienten, se recuerdan, se piensan, se tocan, se añoran, se construyen, se demuelen. Son repositorios y rompecabezas de tiempos múltiples, e incluso viven el suyo propio. Son rompecabezas de memorias, presencias y ausencias.

Se leen entonces las casas,
las palabras,
los dibujos,
las historias,
las paredes,
las hojas del té,
los cunchos de café,
las crónicas,
las recetas,
las fotografías,
las cartas,
las paredes,
las vetas de las puertas,
las virgencitas milagrosas,
los arabescos de las baldosas,
las ollas,
las oraciones,
los pétalos de las rosas secas,
los inciensos,
las sillas,
las mesas,
los bordados,
las estampas,
los papeles de colgadura...

...se leen
Y se leen.
Como si susurraran.

Verde que te quiero verde.
Verde viento, verdes ramas.

Verde el musgo de
las lajas
Verde el líquen de las jambas.

Que vivan para siempre esas intrusas,
desordenadas, tercas.

Esas olorosas, grandes, pequeñas,
con puntos, escamas, pelos, rayas.

Viscosas, aparatosas, frutales y asquerosas.

**Que vivan todas y para siempre, pa' yo seguirles
rezando, pa' que me sigan hablando, pa' que me
alimenten, me mimen y me recuerden que tam-
bién hago parte de este mundo.**



Referencias

BIBLIOGRAFÍA

Andermann, Jens. “Cosmopolitismos telúricos: jardín y modernidad en Latinoamérica”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 40, N° 79 (2014) : 201-225.

Arboleda, Carlos y Valentina Marulanda. *Salamina*. Bogotá: Letrarte Editores, s.f.

Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Traducido por Ernestina de Champourcin. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Carroll, Lewis. *Alicia en el País de las Maravillas*. Madrid: Alianza Editorial.

Clement, Gilles. *The Planetary Garden*. Traducido por Sandra Morris. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2015.

Didi-Huberman, Georges. *Ser cráneo*. Traducido por Gustavo Zalamea. Ediciones de Medianoche, s.f.

Foucault, Michel. “Los Espacios Otros”. *Fotocopioteca*, n° 43 (2014), s.p. http://www.lugaradudas.org/archivo/publicaciones/fotocopioteca/43_espacios_otros.pdf

Groys, Boris. *Volverse público*. Traducido por Paola Cortés Rocca. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.

Heidegger, Martin. “El arte y el espacio.” *Revista de filosofía*, (1992): 149-153.

Jáuregui, Gabriela. *La memoria de las cosas*. Coyoacán: Editorial Sexto Piso, 2015.

Kozer, José. *De un solo dominio*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2019.

Lispector, Clarice. *En estado de viaje*. Compilado por Gonzálo Aguilar. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017.

Maeterlinck, Maurice. *La inteligencia de las flores*. Traducido por Juan Bautista Enseñat. Bogotá: Taller de Edición Rocca, 2019.

Ovidio. *Metamorfosis*. Pérez Vega, Ana. Sin fecha. <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12257292019032617210213/index.htm>

Perec, Georges. *Especies de espacios*. Traducido por Jesús Camarero. Barcelona: Montesinos, 2001.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.

Rapko, John. *Logro, fracaso, aspiración: Tres intentos de entender el arte contemporáneo*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2015.

Varela, Blanca. *Como Dios en la nada*. Compilado por José Méndez. Madrid: Visor Libros, 2005.

CANCIONES PARA ESCUCHAR

- Nino Bravo. “Un beso y una flor”.
- Bella Álvarez. “La niña flor”. De hecho todo el álbum me rece toda la pena.
- Todas las lloronas de Luis Miguel. Especialmente “Perfidia”, “Amorcito Corazón” y por supuesto, “Ahora te puedes marchar”.
- The Stone Roses. El álbum homónimo.
- María Dolores Pradera. “La flor de la canela”. Gran canción para cuando ya hay un par de tragos encima.
- The Latin Brothers. “Las caleñas son como las flores”.
- Cualquier cosa que tenga que ver con la Feria de Manizales. Hacer caso omiso a las partes donde hablan de la temporada taurina.
- Wilfrido Vargas. “El jardinero”.
- Paloma San Basilio. “Por qué me abandonaste”.
- Y por supuesto, Yuri. “Maldita Primavera”.

COSAS QUE SE QUEDARON SIN HACER

- Conseguir el número de don Alirio.
- Leer a Adilia Lopes.
- Leer más a Clarice Lispector.
- Leer “Loa a la tierra” de Byung Chul Han.
- Aprender a conservar flores como Manuel Almanza.
- Hacer experimentos con la Pierdabarriga.
- Comprar una planta ornamental en la Plaza Samper Mendoza.
- Estudiar en su completitud y en su complejidad *El lenguaje gastronómico con un oráculo respondón, gastronómico, poético i romántico*. Se encuentra por Internet.
- Hacer efectivo el amarre con el Quereme.

Dedicatoria

Uno no llega a ninguna parte solo. Nunca.

A Carlos, Mónica y Juan Manuel. Mi familia de sietecueros.

A Felipe. Por mostrarme desde siempre este mundo tan fascinante al que ahora me arrojó.

A M, a Carolina y a todxs lxs del grupo. Por leerme en mis momentos de silencio, por cuestionarme, por guiarme, por las charlas de astrología en las que nos quedábamos media hora de asesoría.

A Nicolás. Por los memes, por las canciones, por los abrazos, por las salidas a media noche a la Plaza.

A Juan. Por maravillarse conmigo a cada paso.

A Lu y a Vale. Por todo el amor.

A Miguel. Por regalarme plantas que ahora son parte de mi corazón.

A mis compas y profes de Arte. Nada nunca pasa sin ustedes.

Y a Momo y a Azulado. Porque siempre están; en la sombra, en el recuerdo, en las fotos y en mi corazón.

Fin.

• RECuento DE PLANTAS

- Paja paja → Destrucción
- Abrecaminos → La Fortuna.
- Saca Sal
- Citronela
- Menta → Playa de las Hierbas
- Palosanto → Olor
- Prunella → Olor
- Prunella → Miguel
- Quercus (Quercus) → Tomar para la enfermedad
- Girasol → Yuana
- Azucenas → "El jardín de la amistad"
- Azucenas → Regalos de novios
- Azucenas → (?)
- Pájaros → Miguel (Recuerdos de la casa)
- Yarrow → Alejandra → (?)
- Yarrow → (?)
- Rosas → Camilo → Mito de Afrodita
- Camela
- Mirra
- Crocus

- Jacinto → José Nieves (Escenta)
- Violetas
- Clavel → Camilo / Yoie
- Lilas → Flor de la Papá
- Cayena → Camilo → Recuerdos de infancia
- Tumbana
- Corazón de Maria
- Flor de Maracujá
- Anapela → José
- Matarratón
- Vanilla
- Arbol de Juncos → Camilo
- Arbol del tohuco → Recuerdos de infancia
- Laurel → Mito griego
- Tulipán → Sombra → Historia con Camilo
- Tulipán → Natalia → Colores
- Orquídeas → Shaniela
- Orquídeas → Valeria Veliz → Recuerdos de familia
- Lavanda → Vivian / Alberto
- Nombres de → Felipe → Regalos políticos
- Limonaria

